

## LA ÚLTIMA PRODUCCIÓN DE ADRIÁN DE LOYARTE

Conocido es de todos el fácil escritor Adrián de Loyarte, que hizo sus primeras armas en el campo de la literatura con obras tan sentidas como «Pinceladas de Vasconia» y más tarde con «Ideas de nuestro tiempo», que, tal vez, no hallaron suficiente estimación por ser de casa. Aquellas obras eran más bien artículos que cuerpos obedientes a un vasto plan determinado. Pero Adrián de Loyarte ha madurado su ingenio y hace pocos días ha dado al público un libro que yo juzgo de orientación trascendental en este país. Titúlase «Donostiaras del siglo XIX». Es una colección de biografías trazadas con pluma elegante y sobria. Bajo la inteligencia de Loyarte cobran nueva vida héroes de la Patria, fenecidos algunos de ellos hace muy pocos lustros. Vinuesa, el orador filósofo y animado; Lersundi, el militar; Manterola, el egregio orador; Santesteban, el músico inspirado, etc.

Pero lo de menos importancia en la obra, es la obra misma en cuanto a sus cualidades, por cierto meritorias. El Sr. Loyarte, con esta publicación ha dado un paso necesario en la historia de nuestro pueblo. La historia general de una nación despierta, sin duda, interesa; pero cuando la naturaleza de la historia concreta los hechos y los localiza, el detalle hace que la curiosidad sea mayor. Por eso la biografía histórica ha despertado siempre interés tan grande. Es la razón moral de que a todos nos llama la atención la regla de vivir que las demás han tenido. Por eso los grandes repúblicos pusieron a la vista del pueblo las vidas de los ciudadanos, con sus virtudes para imitarlas, con sus vicios para huirlos. En el país de los vascos ha sido escasa la labor biográfica. Algo parecido podemos decir de la literatura del castellano en esta parte.

Muchas veces creen los gobernantes que al pueblo se le guía con leyes rigurosas o con ordenanzas repetidas; y creo, yo debieran fijarse en que la ley moralizadora del ejemplo, dispone a la recta ciudadanía mejor que los códigos. Esta es la importancia que tiene, para mi criterio, la obra del Sr. Loyarte. Los helenos mostraban a la ardorosa juventud, en los pórticos atenienses, las estatuas de los grandes generales; y aun tuvieron a su Plutarco, educador de príncipes. Ni se descuidaron los latinos en privar a la patria de un Cornelio, preciso expositor de las hazañas de Temistocles, Alcibiades y Tito Pomponio Atico.

Donde la biografía ha alcanzado un verdadero apogeo es en Francia, país de señores, que se ha hecho democrático a fuerza de tanta nobleza, harta de sufrirse. No hay en Francia, general, prelado, mariscal, inspector o fundador de algo, que no tenga su biografía.

Pero ¡ah! son unas biografías donde sólo se alaba. ¿Será este loar reminiscencia gala de las primitivas tribus, que sólo solían alabar a los muertos? En estas biografías todo es mérito, elegancia y discreción, y todos merecieran el panteón de los hombres ilustres. En España, la crítica es más rigurosa. Las primitivas biografías se inician en los romances, y son a veces mordaces, a veces laudatorias.

«Las generaciones o semblanzas» de un Putgar, las vidas de Berceo, son las primeras obras verdaderas biografías.

Andando los tiempos, recordamos como obras de indudable valor «La vida del Gran Cardenal», «La vida por Herrera», del cardenal Moro; «La vida de Loyo», por Rivadeneyra, y más tarde las Colecciones biográficas de Cassani y Nieremberg, que son la verdadera forma beneficiosa de este género biográfico.

Se quejaba, hace todavía muy poco tiempo, un distinguido escritor de Madrid, de la escasez de obras biográficas; y, ciertamente, que razón tiene para ello, sobre todo tratándose de hombres ilustres de España, cuyos hechos gloriosos se hallan esparcidos aquí y allá esperando una mano erudita y bienhechora. Si esta penuria es lamentable, respecto de España, no lo es en tanto grado respecto de las regiones porteñas, donde el arraigo de la hidalguía ha hecho se perpetúen las hazañas y biografías con mayor cuidado. Porque, a la verdad, en el resto de la península, fuera de los libros citados y algunos otros, como «Las vidas de hijos ilustres de Madrid», por Alvarez Baena; «La moderna investigación sobre el P. Láinez», por Palacín; «Los hechos de Sancho Dávila», sacados del archivo del marqués de Miraflores; «Los españoles célebres», de Quintana; las biografías, más históricas que novelescas, de Coloma «Jeromín», y «La Reina Mártir», y la que se está publicando «Fray Francisco», apenas existe obra digna de mención.

En cambio, la biografía de Linajes y Órdenes religiosas, es más notable: pudiéndose sacarse, también, importantes datos para biografías particulares de algunas obras inéditas, como «La historia de Valladolid», por Canesí Acebedo; «La historia del Colegio Viejo de San Bartolomé», «La historia de San Francisco de Vitoria», «La casa de

Ossorio y Ayala y Abarca», por el fecundo escritor Abarca, que se conservan en Salamanca.

La obra del Sr. Loyarte viene a poner nuevo entusiasmo en esta labor de verdadera trascendencia para el ejemplo de los ciudadanos y adelanto de la historia a favor de los estudios particulares.

La tierra vasca ha sido siempre notabilísima en hombres celebérrimos, y la falta de biografías nos ha hecho creer, por mucho tiempo, que no teníamos historia. Bien dijo aquel que dijo: «Los vascos se cuidaron más de obrar hazañas que de escribirlas».

Sin embargo, y refiriéndonos más bien a tiempos modernos, algo tenemos respecto a la biografía histórica, que en honor y con motivo de la obra de Loyarte nos permitimos recordar.

De lo primero que los vascos tenemos en este género, es la autobiografía del historiador Garibay, legada a nosotros en sus «Memorias»: este carácter autobiográfico, tiene también la «Vida de la Monja Alférez Catalina de Erauso»; viniendo a modernas épocas, no podemos pasar en silencio la biografía que nos dejó Soraluze: «El conde de Peñafiorina». A éstas debemos añadir «Los alaveses ilustres», del Sr. Echevarri; «La vida del conde Pedro Navarro», por D. Martín de los Heros, y el catálogo inédito de este mismo literato: «Hombres ilustres de las Encartaciones de Vizcaya»; «La vida de D. Pedro Novia de Salcedo», por Artiñano; «La vida de Zumarraga», por Labayru; «La biografía de Berri-Ochoa», por Mascáual, y algunas otras, como la colección comenzada de Padres de Provincia, que tiene entre sus manos el señor Conde de Urquijo.

Nadie duda que es muy escasa esta labor: y de ello se quejaba también el llorado Menéndez Pelayo; por eso la obra del Sr. Loyarte merece todas nuestras simpatías; ella viene a aumentar en Guipúzcoa, y en todo el país vasco, lo poco hecho en esta parte: y sobre todo, señala, dentro de la biografía, una tendencia: la tendencia de la especialización localizando la vida de los personajes y ciñéndose a una sola población, como es San Sebastián. Ojalá este ejemplo del Sr. Loyarte incite a otros escritores a tomar para sí empresa tan moralizadora.

Tenemos, es cierto, noticia de algo que se está trabajando sobre Guipúzcoa: «La vida del admirable místico Agustín de Cardaveraz» se prepara al público, como también existe el propósito de ocuparse detenidamente de los fundadores del Seminario de Vergara e introductores, en la península, de las ciencias exactas, cuyas vidas, en parte,

fueron tratadas por Navarrete en sus «Biografías», aunque con exactitud y brevedad.

Muchas condiciones avaloran la producción del Sr. Loyarte, pero es una, a mi parecer, entre todas, exquisita. El Sr. Loyarte ha seleccionado personajes de diversa índole, pero todos notables, y ha huido de una vulgaridad harto frecuente: la de considerar por hombres susceptibles de ser historiadores, a los que brillaron en las armas tan solamente, olvidando los que con loa indudable se ejercitaron en las letras.

Pero, entre otras, la biografía de aquel orador y filósofo que se llamó P. Vinuesa, y su evocación recuerda al instante el precioso catálogo de vascos que de filósofos pudiera formarse. Militó Vinuesa por la milicia a que pertenecía, entre los escolásticos: pero su espíritu profundo y generalizador estudió y discutió todas las escuelas, desde el racionalismo de Descartes, hasta las afirmaciones de Comte.

Mucho más podríamos añadir de trabajo empezado, pero que ya muestra esperanzas de cosas todavía más llamativas.

El Sr. Loyarte, que hace tanto tiempo viene trabajando por la cultura vasca, reciba el aplauso de los buenos vascos de Vizcaya, y siga creyendo que fueron los griegos pueblo de héroes, porque la educación mostraba a los infantes, en el ágora y en el pórtico, los cuadros de hazañas de los inmortales generales.

(De *El Pueblo Vasco*. Bilbao)

SABINO DE AYALA

\*  
\* \*

## UN ESCRITOR DONOSTIARRA

A cotidianas e inaplazables ocupaciones que nos impiden toda lectura de impresos que no sean de la prensa diaria, se debe el que nada hayamos dicho de la última obra del fecundo escritor vasco D. Adrián de Loyarte «Donostiarra del siglo XIX», tomo I, que recibimos hace tiempo.

Y aunque éste nos falte, también, al presente, para leer con algún detenimiento la nueva producción del publicista donostiarra, aprémianos el deseo de llamar sobre ella la atención de nuestros amigos, por lo que la obra se merece y lo que se merece su autor, que no es, ciertamente, el silencio del menosprecio ni el de la ingratitud.

Un sentimiento noble impulsó al Sr. Loyarte a la publicación de